

JOSÉ ANTONIO MORANTE DE LA PUEBLA

Jacobo Gavira
Pintor y diseñador

Llegar a la plaza produce vértigo y emoción. La arena posada, húmeda y rastrillada, el espacio dispuesto, el escenario callado.

No incide la luz en la plaza desde el anillo superior que enmarca el cielo, que también, pero es más intensa en el platillo, emana, se cuece y luce.

En los tendidos un enjambre va formando una masa que va quedándose quieta, respira al unísono y mira ese precipicio con emoción.

Los primeros gestos y ademanes de los toreros al pisar el redondel, la expresión de sus emociones, ahí en los primeros compases del rito, adivinar ¿como vendrán?, qué están dispuestos a entregar, a entregarnos. Y al toro lo que es del toro.

El toreo es un arte que se ejecuta a tiempo real y frente a un público presente, es esa una de sus peculiaridades y superior grandeza, donde además, claro está, se expone la propia vida. Arte en Movimiento.

Perdonen esta introducción, necesito preparar el lienzo, y dejarlo en blanco.

La sucesión de la lidia en sus diferentes tiempos frente a un animal que encierra todo el misterio en su comportamiento, ha de plantearse con las necesarias y proporcionadas dosis de *valor, oficio y concepción artística*.

A menudo se habla de estos tres conceptos disociándolos, y se tiende a clasificar a los diestros por estas mismas cualidades o por la

falta de las mismas. De igual manera sucede con las ganaderías, la suerte está echada. Y aquí, en un contexto de espectáculo, se abre la posibilidad ante los espectadores de lo predecible o lo impredecible, las posibilidades frente a su colaborador animal, y se abre un espacio, el del milagro de la creación, que posibilita toda suerte de emociones.

Morante de la Puebla es, a mi modo de ver, un torero que atesora esas capacidades, pero no por ello lo traigo aquí como la figura del toreo que más me interesa, sino por ser el torero con quien más he des-aprendido.

Atravesado por su toreo he recorrido un camino en cierto modo inverso, partiendo de la emoción inmensa que me provocaban sus verónicas hasta caer en la cuenta de la enorme sintonía con la frase del amigo Jorge Laverón, “a mi Morante me interesa, hasta cuando está mal”; ¿y como se llega hasta aquí? como decía otro gran torero... degenerando.

Morante me ha hecho pensar en el valor encontrado, que es el necesario, no el que acomete y se defiende. A su vez, he aprehendido su oficio no como un recurso o una rutina sino como un crisol de tauromaquias pasadas y futuras cargadas de sutiles detalles que son alimento para el alma, y he entendido que si el gran Arte de la tauromaquia es la entrega total también es burla para salir andando, con naturalidad.

Todo es aquí exagerado, mi afición como es natural se ha ido fraguando tarde a tarde, toro a toro, torero a torero, y de bar en bar, pero siento que en este tiempo enfermo el de la Puebla hace y reivindica el arte que me interesa, el de Birlibirloque.

Y es, que la gracia no es, que la gracia se piensa, se intuye, y hay que dejarla venir ¡atreverse!, es salvación o muerte, y en Morante, torearía.